

TIERRA Y LIBERTAD

REVOLUCION Y ADMINISTRACION UNION 13. 1. 2. - CACHUCA

PRECIOS DE PAQUETES Y SUSCRIPCIONES
ESPAÑA, PORTUGAL Y AMERICAS
Paquete de 25 ejemplares, 2,75 ptas.
o sea a 11 céntimos ejemplar
Trimestre 2' - ptas.

EXTRANJERO:

Paquete 20 ejemplares . . . 5'
Trimestre 5'
No se sirven suscripciones si no se paga por adelantado

LA TRAGEDIA COTIDIANA Los anarquistas en el momento actual

Son tantos los dolores cotidianos, que la sensibilidad más despertada acaba por embotarse, por volverse, al no indiferente, al menos un poco resignada.

No se puede vibrar a cada minuto y por mil asuntos a la vez. Hasta la indignación requiere, para manifestarse, tiempo y objetivos alados. Cada una de las tragedias que ocurren hoy a cada instante, valga en otros tiempos para llenar vuestra existencia emocional durante semanas, meses y años. Pero son ya tantos los motivos, tan continuos los sucesos, que si no hubiese acabado por habituarnos al dolor como el que yo llamo y deja que nueva, os habría vuelto loco.

Compañeros detenidos, compañeros apaleados, compañeros asesinados, familias en la calle, procesos monstruosos, condenas absurdas, etc., etc. ¡Cada día es el día en que no os llegan algunas decenas de casos así! El tiempo no os alcanza para dedicar a cada uno de ellos un momento. Cuando parece que vais a deteneros en uno de esos episodios, os llegan diez más, o cien más horribles. Y es preciso olvidarse de los anteriores por los más recientes, y éstos por los que llegan después.

Y podemos vivir sólo a costa de cerrar los ojos, de rodear el corazón de una coraza que embote los sentimientos. Ya no podemos pensar en el dolor individual o local, sino en la tragedia colectiva. No podéis tener en cuenta un preso, sino el conjunto de millares y millares de presos; no podéis tener presente la ruina de un hogar, sino la ruina de muchos millares de hogares.

Antes nos preocupábamos de llevar algún alivio, algún remedio, de acuerdo con nuestras fuerzas, a los hombres o lugares donde la iniquidad social se hacía sentir más fuertemente. Se podía emprender una campaña de reparación en torno a tal o cual injusticia. El último acontecimiento de esa especie fué la lucha mundial por Sácca y Vanzetti. Desde entonces, casi no ha sido posible fijar la atención en los casos particulares, porque fueron tantos, y tan notables, que hubo de pasarse por sobre lo individual para insistir en lo colectivo.

Se tiene la sensación de que sólo la revolución social puede aliviar la situación práctica. Y a ella hemos de consagrar todas las fuerzas. Aspirar a la curación previa de las heridas es noble y humano; pero es imposible. Como no se puede replicar y estar en la procesión, no se puede ya mejorar la situación actual sin un cambio del régimen imperante. O dejáis el campanario y vais a la procesión, o viceversa; o dejáis la tragedia cotidiana para dedicaros a curar las fuentes del mal, o bien dejáis las fuentes del mal para curar la tragedia cotidiana. Advertiendo que no habrá curación posible mientras no sea saneado el ambiente y no sean cogidos los focos de infección.

Es decir, no habrá pausa en la tragedia cotidiana hasta que los trabajadores, los campesinos, los técnicos y los sabios, en fraterna cooperación, hayan tomado la riqueza social y la hayan distribuido equitativamente, mediante la participación de todos en la edificación del bienestar y la libertad de cada uno.

CUARENTA Y TRES MINISTROS

La República ha tenido en tres años de existencia, cuarenta y tres ministros, lo que toca a catorce ministros por año, en término medio. No podemos quejarnos de falta de padres de la patria. Los contribuyentes saben a cuanto asciende en pesetas contantes y sonantes el patrioismo y el sacrificio de esos señores.

No perderíamos nada los españoles con la disminución de esa fauna, ni habríamos de llorar su total extinción, como no llorariamos por la supresión de los lobos de nuestros bosques, infinitamente menos ofensivos y menos costosos.

NUEVA ESCUELA RACIONALISTA

En el pueblo de Alguaitre, provincia de Lérida, ha sido abierta una Escuela racionalista, con clases elementales por el día y de cultura por la noche, para adultos. Está a cargo de la misma el compañero Piqué, del Sindicato de Intelectuales de Barcelona.

Hay en una sección de nuestro movimiento un gran fervor de discusiones sobre los problemas prácticos que la revolución deberá resolver.

Y es éste un gran bien y de óptimo augurio, aun cuando las soluciones propuestas hasta aquí no son ni abundantes ni satisfactorias.

Ha pasado el tiempo en que se pensaba que la insurrección bastase para todo, y que una vez vencidos al ejército y la policía, derribados todos los poderes constituidos, el resto, que era luego lo esencial, vendría por sí mismo.

Basta, se decía, que inmediatamente después de la revuelta victoriosa puedan comer todos bastante y estar bien alojados, para que la revolución sea fundada sobre bases graníticas y pueda proceder segura hacia ideales cada vez más elevados. Y ninguno pensaba en asegurarse si habría después artículos suficientes para todos, y si los existentes se hallan o no en los lugares en que más falta harían.

El espectáculo de los almacenes urbanos repletos de mercaderías ilusionaba y sugería a las muchedumbres hambrientas y en la miseria, y los agitadores, conscientes o no del error, hallaban en aquella ilusión un medio eficaz de propaganda. Pero hoy se sabe que si es verdad que la producción, si es hecha por todos en beneficio de todos y con la ayuda que la mecánica y la química proporcionan, puede aumentar indeseadamente, es también verdad que con el sistema actual los capitalistas, como regla, hacen producir sólo aquello que pueden vender con provecho, y detienen la producción allí donde el provecho cesa al aumentar. Si por error o por rivalidad entre los capitalistas se produce de más, viene la crisis y vuelve a conducir el mercado a aquel estado de relativa penuria que es más ventajoso para los industriales y los comerciantes. Se comprende por tanto qué peligro hay en hacer creer que los productos sobrestaban y que no hay urgencia en ponerse a trabajar.

Y así ha pasado también el tiempo en que se podía decir que la misión nuestra está en demoler y que en la reconstrucción pensarán nuestros hijos y nietos. Era aquella una afirmación cómoda, que podía pasar cuando no había probabilidad de revolución inminente y cuando se tendía sólo a excitar la aversión y el odio contra todo el presente para hacer más viva la voluntad del cambio. Pero ahora que la situación europea está llena de posibilidades revolucionarias y que en cualquier momento podremos hacernos en el caso de pasar de la teoría a la práctica, de la propaganda a la acción, es preciso recordar que la vida social y la individual no admiten interrupción y que debemos comer y vivir todos los días nosotros y nuestros hijos, antes de que los hijos puedan pensar en sí mismos.

Estamos por tanto de acuerdo, en pensar que además del problema de asegurar la victoria contra las fuerzas materiales del adversario está también el problema de hacer vivir la revolución después de la victoria. Estamos de acuerdo que una revolución que produjera el caos no sería vital.

Pero no hay que exagerar; no hay que creer que no se deba y se pueda desde ahora encontrar una solución ideal para todos los posibles problemas. No es necesario querer prever demasiado y determinar demasiado, de otro modo en lugar de preparar la anarquía haremos sueños irrealizables, o bien caeremos en el autoritarismo y, conscientemente o no, nos proponeremos obrar como un gobierno que en nombre de la libertad y de la voluntad poular somete el pueblo al propio dominio.

Leo en efecto a veces las cosas más extrañas: extrañas si se considera que son escritas por anarquistas.

Un compañero, por ejemplo, dice que "las multitudes tendrían razón para clamor contra nosotros si después de haberles invitado a los dolorosísimos sacrificios de una revolución se les dijese: hecd lo que la voluntad os sugiere, resagrupaos, producid, convidad como mejor os agrada."

¡Pero cómo! no hemos dicho siempre a las muchedumbres que no deben esperar el bienestar, ni de nosotros ni de otros, que el bienestar deben conquistárselo por sí mismas y que tendrán sólo aquello que sepan tomar y conservar sólo lo que sepan defender? Es justo y natural que nosotros, iniciadores y propulsores y parte de la masa nosotros mismos, procuremos impulsar el movimiento en la dirección que nos parezca mejor y esperar por eso preparados lo mejor posible para las cosas que se debe hacer, pero queda siempre fundamentalmente el principio que la decisión corresponde a la libre voluntad de los interesados.

Leo también: "Creemos un régimen que al no es del todo libertario tenga la impresión nuestra y sobre todo de entrada a la progresiva realización de nuestros postulados."

¿Qué es eso? Un pequeño gobierno, más o menos bueno, que se cuidará de suicidarse lo más pronto para hacer lugar a la anarquía...

¡Pero no estábamos ya de acuerdo en pensar que todo gobierno tiene tendencia a suicidarse, sino a perpetuarse y a volverse cada vez más despótico? ¿y que la misión de los anarquistas consiste en combatir, aun cuando estén obligados a soportarlo, todo régimen que no esté fundado en la libertad plena y entera? ¿Y no declaramos también que los anarquistas en el poder no podrán obrar diversamente de los demás?

Otro compañero, entre los que más se preocupan de la necesidad de tener un "plan" y que en sustancia no confía más que en los sindicatos obreros, dice:

"Una vez triunfante la revolución, se confía a la clase trabajadora—previamente educada por nosotros para esa gran función social—la administración de todos los medios de producción, de transporte, de intercambio, etc."

"Ya precedentemente educada por nosotros para esa gran función!" Pero, ¿dentro de cuántos siglos quiere hacer aquel compañero la invocada revolución? ¿Y si al menos bastasen los siglos! Pero el hecho es que no se educa a la masa si no se encuentra en la posibilidad y en la necesidad de obrar por sí misma, y que la organización revolucionaria de los trabajadores, todo lo útil y necesario que se quiera, no puede extenderse y durar indefinidamente: llegada a un cierto punto, si no culmina en la acción revolucionaria, o el gobierno la destroza o se corrompe por sí sola o se desintegra—y es preciso volver a comenzar desde el comienzo.

¿Verdad es que los hombres "prácticos" son a menudo los más ingenuos utopistas! Pero toda esta discusión ¿no tendría tal vez un tanto de sabor de academia si en el caso concreto se tratase de un país en donde la libre organización de los trabajadores es destruida e impedida, la libertad de prensa, de reunión, de asociación suspendida y los propagandistas anarquistas, socialistas, comunistas, republicanos están refugiados en el exterior, o relegados en las islas, o encerrados en la prisión, o puestos de otro modo en condiciones de no poder hablar, ni moverse y casi ni siquiera respirar?

¿Se puede esperar razonablemente que el próximo cambio, en un país reducido a las condiciones desérticas, será la revolución social en todo el sentido amplio y profundo que damos a la palabra? ¿No parece que hoy lo posible y lo urgente es más bien la reconquista de las condiciones necesarias para la propaganda y la organización?

El crimen de Chicago del 11 de noviembre de 1887 Primero de Mayo

La fecha del Primero de Mayo es una efeméride de afirmación revolucionaria, que los trabajadores de la C. N. T. y la F. A. I. debemos aprovechar, para cruzar de confín a confín de la Península nuestra prédica y lanzar a los cuatro vientos que, en tan memorable fecha, el capitalismo de Chicago pretendió, por el crimen, callar las voces de la justicia que, por el verbo de los cinco anarquistas ahorcados en América, retumbó en el mundo del trabajo.

Para conseguir la jornada de ocho horas, cuando el obrero se veía obligado a realizar once, doce y hasta catorce horas diarias, se inició una intensa campaña por toda Norteamérica, que en el curso del año 1882 y sucesivos, culminando en el histórico 1886, en que durante un milla organizada el día 4 de mayo, como protesta contra los atropellos policíacos del día 2 contra los obreros en huelga, ante la inminencia de un nuevo atropello policíaco, un desconocido arrojó un artefacto que, al estallar, hirió a sesenta policías y mató a uno de ellos.

Describir los crímenes que sucedieron a este hecho, horripila solamente pensar; bastamos señalar que los verdaderos defensores de la causa de los trabajadores, los anarquistas, fueron cazados como fieras feroces, hasta el extremo de sacarlos a deshora de la noche y aplicarles los más bárbaros tormentos en los antros policíacos. La burguesía pedía sangre, y los agentes policíacos, fieles servidores del

A mí me parece que la razón por la cual se ven tantas dificultades y se cae en tantos errores y contradicciones está en que o se quiere hacer la anarquía sin anarquistas, o se cree que la propaganda basta para convertir a la anarquía a toda o a gran parte de la población antes de que las condiciones del ambiente se hayan modificado radicalmente.

Hay quien suele decir que "la revolución será anarquista o no será." Una más de esas frases de efecto que examinadas atentamente o no dicen nada o dicen un desatino. En efecto se oye decir que la revolución, como la quisieramos nosotros deberá ser anarquista; se hace una verdadera tautología, es decir, un juego de palabras que no explica nada, como si se dijese por ejemplo, el papel blanco debe ser blanco. Si luego se oye decir que no puede haber otra revolución que la anarquista, entonces se dice un despropósito porque hubo y ciertamente habrá todavía en la vida de las sociedades humanas movimientos que, cambiando radicalmente las condiciones existentes dan una nueva dirección a la historia sucesiva, y por eso merecen el nombre de revoluciones. Y yo no podría admitir que todas las revoluciones pasadas, aun no siendo anarquistas hayan sido inútiles, ni que serán inútiles las futuras que no sean todavía anarquistas. Incluso me inclino a creer que el triunfo completo de la anarquía, más bien que por revolución violenta, vendrá por evolución, gradualmente, cuando una revolución precedente o revoluciones precedentes hayan destruido los más grandes obstáculos militares y económicos que se oponen al desenvolvimiento moral de las poblaciones, al aumento de la producción hasta el nivel de las necesidades y de los deseos y a la armonización de los intereses en contraste.

De cualquier modo, si tenemos en cuenta nuestras escasas fuerzas y las disposiciones prevalentes entre las masas y si no queremos tomar por realidad nuestros deseos, debemos esperar que la próxima, tal vez inminente revolución no será anarquista, y para eso lo que más urge es pensar en lo que podemos y debemos hacer en una revolución en la que no seremos más que una minoría relativamente pequeña y mal armada.

Algunos compañeros, tal vez sugestionados también por las vanaglorias socialistas y por las ilusiones que hizo nacer la revolución rusa, creen que la tarea de los autoritarios es más fácil que la nuestra, porque ellos tienen un "plan": posesionarse del poder e imponer con la fuerza sus sistemas.

Eso no es verdad. El deseo de aferrar el poder los tienen ciertamente socialistas y comunistas, y en circunstancias dadas, pueden conseguirlo. Pero los más inteligentes entre ellos saben bien que estando en el poder, podrán, es verdad, tiranizar al pueblo y someterlo a experimentos

capitalismo, cumplan salvajemente su desnaturalizado cometido.

No estaba satisfecha la alta banca norteamericana con los brutales apaleamientos; quería un ejemplar castigo, y en parte lo consiguió: ocho nombres de reconocida solvencia en los medios obreros y destacados militantes del anarquismo en el mundo entero, fueron los señalados por el capitalismo a ser víctimas de los poderes judiciales.

La trama, bien urdida, dió sus resultados; dos agentes al servicio de la infamia se prestaron a declarar todo cuanto a la policía convida, y cinco inocentes sumariados con folios basados en la mentira y la infamia, fueron condenados a ser ahorcados.

Dos supervivientes, encerrados en un presidio, cuatro años más tarde, ante revisión de causa, fueron declarados inocentes para vergüenza de la justicia histórica y para que los anarquistas, una vez más, lanzáramos a los cuatro vientos los atropellos e injusticias que la llamada justicia viene cometiendo diariamente con los trabajadores.

Los trabajadores que se hallan organizados en las centrales revolucionarias de la C. N. T. y de la F. A. I., deben recordar los nombres de los mártires de Chicago y ensarbolárselos como bandera de combate, y que son: SPIES, FISCHER, LING, ENGEL, FIELDEN y PARSONS.

LUZBEL RUIZ

magistratura, etc., armada toda la población para que pueda oponerse a todo retorno ofensivo de la reacción, inducidos los voluntarios a tomar en sus manos la organización de la cosa pública y a proveer con criterios de justicia distributiva a las necesidades más urgentes, sirviéndose con prudencia de las riquezas existentes en las varias localidades, deberemos preocuparnos de evitar todo derroche y de que se respeten y se utilicen aquellas instituciones, aquellos hábitos, aquellas costumbres, aquellos sistemas de producción, de intercambio, de asistencia que realicen, aunque de modo insuficiente y malo, funciones necesarias, procurando, es verdad, hacer desaparecer todo vestigio de privilegio, pero guardándonos de destruir lo que no se puede sustituir todavía con algo que responda mejor al bien de todos. Impulsar a los obreros a posesionarse de las fábricas, a federarse entre sí y a trabajar por cuenta de la colectividad, e impulsar así a los campesinos a posesionarse de las tierras y de los productos usurpados por los amos y a entenderse con los obreros para los intercambios necesarios.

Si no podemos impedir la constitución de un nuevo gobierno, si no podemos derribarlo de inmediato, deberemos en todos los casos negarle todo concurso. Negar el servicio militar, negar el pago de los impuestos. No obedecer por principio, resistir hasta el último extremo a toda imposición de las autoridades, y rehusarse absolutamente a aceptar cualquier puesto de mando.

Si no podemos abatir el capitalismo, deberemos exigir para nosotros y para todos aquellos que quieren, el derecho al uso gratuito de los medios de producción necesarios para una vida independiente.

Aconsejar cuando tengamos conocimientos que dar; enseñar si sabemos más que los otros; dar el ejemplo de la vida por libre acuerdo; defender, aunque sea con la fuerza, si es necesario y si es posible, nuestra autonomía contra cualquier pretensión gubernamental... pero mandar, nunca.

Así no haremos la anarquía, porque la anarquía no se hace contra la voluntad de la gente, pero al menos la prepararemos.

Enrico MALATESTA

(De la revista "Vogliano", de Basilea (Suiza), número 6 de julio del año 1930.)

ATRACOS

Se intensifican los atracos de día en día; la impotencia policial para reprimirlos es evidente y la Prensa de todos los colores pone el grito en el cielo por la audacia de que suelen dar muestras los atracadores, cada vez mejor organizados y pertrechados. Se tiene la sensación general de que ninguna medida de rigor ha de ser eficiente, pues con pena de muerte o sin ella, el que se dispone a un hecho de esa naturaleza, se dispone a todo. Lo que hará la pena de muerte proyectada es llevar a una defensa más encarnizada de los perseguidos, que en todo caso procurarán que no se les tenga en vida.

Los especialistas han dicho ya cómo esa forma de delito se presenta en los períodos de descomposición social, en los finales de época histórica. La caída de Grecia, la decadencia de Roma, han tenido sucesos semejantes; las viejas normas jurídicas y sociales, impotentes para abarcar las nuevas manifestaciones y necesidades de la vida, eran saltadas sin escrúpulos y el banditismo se enseñoreaba de campos y ciudades.

Hoy vivimos en plena descomposición de una cultura, en pleno derrumbe de una civilización. Esa modalidad de delito es hija legítima de la época y no hay paliativo ni valla alguna que la contenga.

Pero hay atracos y atracos. Hay atracos que se proyectan y se ejecutan con el mismo espíritu del especulador de la Bolsa, del comerciante, del industrial; para multiplicar por todos los medios las rentas y los beneficios: ni siquiera existe la diferencia de estar unos amparados y otros castigados por el Código penal. Espectuladores y atracadores obran al margen de la ley, haciendo mangas y capirotes de todos los preceptos morales. Lo que no les ayuda en el logro de sus fines lucrativos es malo, lo que les ayuda es bueno.

Pero hay atracos que nacen de la miseria. Para el desocupado de nuestros días no hay más que estos caminos:

- 1.° Morirse de hambre y de frío.
- 2.° Pedir limosna.
- 3.° Afirmar su derecho a la vida por la fuerza.

Si alguien descubre otro medio de salir adelante, que lo diga, y que diga también si, desde el punto moral y humano, hay alguna superioridad en morirse de hambre o en extender la mano a la caridad pública. Por lo demás, si extendéis la mano, después de haber perdido toda vergüenza y toda dignidad, os aplicarán la ley de vagos y os retendrán en lugares de tormento, de los que no saldréis más que enteramente quebrantados y deshechos física y moralmente.

Hay en España más de un millón y medio de obreros sin trabajo, un millón y medio de familias en la miseria. ¿Se pretende que toda esa población se resigna a sufrir y a callar, que no se evidencie el descontento en alguna forma?

Los más enérgicos y menos dispuestos a morir de hambre, después de buscar en vano empleo para sus brazos durante meses y años, resuelven volver por los fueros de la vida y tomar el pan donde lo haya. La ley lo pena, la humanidad comprende y absuelve.

La sola manera de terminar con los atracos, con los que son frutos de la miseria y de la desesperación, como también con aquellos que nacen del ansia de enriquecimiento fácil en cuyo caso están emparejados con las actividades comerciales y financieras, el único medio de terminar con esa repetición, es la transformación social de forma que haya pan y trabajo para todos y que no tenga derecho a comer el que no arrime el hombro a la tarea productiva.

La revolución social pondrá instantáneamente fin al atracoismo. Sólo ella.

Leed y propaga TIERRA Y LIBERTAD